

móvil de todas las guerras y de todas las discordias. Separóse, pues, una rama del tronco de la creencia universal. Desde entonces cada día se han erigido nuevos dogmas entre aquellos á quienes nunca hemos cesado de amar como hermanos. Ellos rodearon nuestra cuna, y las honrosas relaciones que con algunos nos han conservado las épocas y los lugares, nos hacen estimar dignamente la fortuna de haberlos conocido. Por muchos esfuerzos que hagan para mantenerse distantes de nuestras creencias, jamas conseguirán romper los sagrados lazos que nos unen con sus personas. ¡Que no puedan leer en nuestro corazon los sentimientos que les profesamos! ¡Ojalá deduzcan del principio evidente de la unidad absoluta de la verdad, que nuestro deber comun es respetar las opiniones libres de cada uno en política; pero en materia de religion, adherirnos á la doctrina, que sola es una y verdadera.

Por no haberse penetrado íntimamente la Francia de este incontestable principio, ensayó en 1790 formar una iglesia nacional. Desgarrando la unidad de la Iglesia romana, la constitucion civil del clero no atentaba menos al poder espiritual de los Papas, que al temporal de los reyes. Deploró el mundo cristiano este suceso como una profunda llaga moral de que se veia amenazado, y que no era por título alguno justificable. Era una estraña novedad que abria la puerta á todas las demas.

La asamblea constituyente con todo su talento,

su ardiente entusiasmo y el ascendiente de sus nuevos principios, no logró mas que crear una iglesia decrepita desde su nacimiento y repugnante por sus escándalos. Apenas vivió unos cuantos meses, y ya no le quedaba otro porvenir que ruinas. Sin subir á épocas tan distantes, ¿no tenemos á la vista terribles y asombrosos ejemplos? ¿Qué resultados felices para la religion y para los pueblos obtienen los que se esfuerzan por fundar la unidad moral y religiosa en España, en Inglaterra, en Prusia y en Rusia? Se ha trabajado para romper los vínculos que unen con la Santa Sede á todos los discípulos de la cruz, y se ha tratado de apelar de la razon divina á la razon humana. Se ha sembrado viento, y se cogen tempestades. Los horrores de la guerra, los tormentos del hambre, las proscipciones y el despotismo atraen diariamente nuevas plagas sobre esas regiones. En ellos cada clase vive aislada, llamando á la prosperidad de los otros su ruina, y á su provecho su perdicion. El espíritu de antagonismo y de disolucion se ha apoderado de las diferentes partes de aquellos estados. En lugar de armonía se oyen los gritos de la discordia, y en vez de union no se ven mas que conflictos de intereses. Ecsiste entre la aristocracia y la clase pobre una frialdad desconocida en los tiempos en que eran católicos los pueblos; y los delirios del cartismo y del socialismo se afanan para sustituir la enemistad y el ódio. ¡Desgraciadas las naciones que desconocen el fin sublime y el augusto origen



de la unidad católica! Esta es el vínculo de las generaciones pasadas con las presentes y con las venideras: con él se recobran ó reemplazan tarde ó temprano todos los demas vínculos sociales destruidos ó debilitados.

Cuando tienden á un solo y mismo fin todos los elementos de la fuerza y de la dignidad nacional, y atraen á la misma línea al pueblo y á sus gefes: cuando el clero, la nobleza y las clases industriales obran bajo la influencia de las mismas reglas, se juzgan mútuamente por los mismos principios, ven desde un mismo punto de vista sus prerogativas y respectivos derechos, y comprenden igualmente y conforme á una nocion comun á todos, la importancia y la necesidad de los mútuos sacrificios: cuando todos trabajan bajo la misma ley y para el mismo fin, entonces la magestad y el poder de una nacion brillan con todo su esplendor, escribia no ha mucho un profundo é ilustrado escritor (1). Desde entonces queda afianzada la prosperidad de los pueblos con la concordia de ambas potestades, y cada una presta dentro de su esfera de actividad su apoyo con un objeto comun. Estas dos potencias obran sobre el mismo punto de la palanca, apartan toda clase de conflicto, y triunfan de todos los obstáculos.

He aquí lo que puede la unidad religiosa. Disponiéndonos á formar la sociedad invisible, de que

(1) N. Wiseman.

Dios será la cabeza y la corona en la mansion de los eternos resplandores, estrecha con su doctrina los vínculos de la sociedad visible, cuyo destino está circunscrito en el límite de los siglos. Conspira á atraer los ánimos estraviados y á conciliar los corazones desunidos, á restablecer entre los hombres y entre las naciones de la tierra la invisible unidad cuyo modelo está en los cielos. Conspira tambien á levantar la criatura inteligente á la imitacion del Criador. Como abunda Dios en misericordia y beneficios, quiere que el hombre, colmado de los favores de la fortuna, sea el consuelo y el recurso de la humanidad afligida, y que estén unidos todos los pueblos con los dulces lazos de la beneficencia y del amor. Así, porque la Francia esta íntimamente adicta á esta unidad, ha podido decir con justa razon el presidente de su academia (1) con cierto orgullo nacional: "Que en ningun pais del mundo ecsisten tantas simpatías de fraternidad entre las diferentes clases de la sociedad, como entre nosotros. En ninguna parte vive el rico mas unido al pobre: en ninguna se acuerda tanto de que son hijos del mismo Dios, y que se dirigen hácia el mismo objeto, y que las buenas acciones no solamente son el camino del cielo, sino el origen de los mayores placeres que podemos gustar en el mundo. La Francia de todos los tiempos y de todas las épocas ha sido el pais de la beneficencia, de las simpatías en

(1) El conde Molé, sesion de 30 de Junio de 1842.



favor de la desgracia, de la igualdad delante de Dios, antes de ser el de la igualdad delante de la ley! ¡Ojalá nuestra civilizacion y nuestras luces no aumenten nada á las calidades del corazon! ¡Ojalá no formemos en nuestra nueva sociedad mas que una sola y misma familia, en que el pobre sin envidiar y el rico sin desconfianza, llenen cada cual los deberes que la Providencia les impuso, y den el ejemplo de las mismas virtudes!" ¡Qué deseos mas dignos en un cristiano y mas gloriosos para la Francia! ¡Qué deseos mas en armonía con los del jefe supremo de la Iglesia, que desde la elevada cátedra de Pedro ha hecho resonar tantas veces el universo cristiano con palabras de sumision y de paz! ¡Qué cosa mejor entendida y mas fielmente observada en todas partes del mundo católico por el episcopado! Si en Portugal, en Prusia y en España ha levantado la voz para reclamar los derechos que tiene adquiridos inviolablemente por su dominio espiritual, tambien le hemos oido protestar con la energía del respeto mas profundo y de la mas perfecta sumision, en favor de los depositarios del poder en los límites del órden temporal. Antes que faltar á la Iglesia con vituperable condescendencia ó al poder con la rebelion, ha preferido las cadenas, la deportacion, el destierro y la muerte. ¿A quién no admirará el grandioso espectáculo que está dando en Francia el episcopado, el cual, en medio de los partidos, marcha confiado y firme hácia la época de reconciliacion y de paz en que

esta hija primogénita de la Iglesia no cesa de mostrarse la reina y el modelo de las naciones cristianas? No se presenta con una bandera política en la mano: solo enarbola la cruz, y habla el nombre del Dios de caridad. Sin embargo, se le acusa de que incita á todos los excesos con la esageracion de su celo y con su intolerancia. Fácil nos seria responder victoriosamente á esta recriminacion, si en el mundo político no hubiera resonado el mas solomne homenaje tributado al episcopado francés por el señor ministro de la justicia (1): "Es verdad, dijo, que esceptuando unos pocos hechos en razon de algunas reclamaciones relativas á la libertad de enseñanza, el clero comprende y llena su mision en beneficio de la religion y del estado: que es ilustrado y virtuoso; que el gobierno y el clero tienen confianza el uno en el otro; y que esta dichosa union no es menos provechosa á la causa del órden que á la de la religion." La caridad, la tolerancia, la union y las vias de dulzura, son los únicos medios que le quedan de su antiguo esplendor para obrar el bien, como es su mision, y el episcopado lo sabe bien.

La necesidad de adherirse á la unidad, pronunciada por la Iglesia católica, parecerá acaso á muchos un motivo de recriminacion gravísimo y de intolerancia. No ha quedado sarcasmo que no se

(1) El Sr. Martin (du Nord) en la sesion de los diputados de 18 de Mayo de 1842.



haya empleado contra el catolicismo por estas palabras: *No hay salvacion fuera de la Iglesia.* No sabemos si las han comprendido los que tanto han gritado. Los que aun las combaten, ¿han profundizado formalmente su sentido? Vamos á entrar en la cuestion. El mismo Dios ha revelado la ley en que manda entrar en su Iglesia, y ha impuesto esta necesidad para la salvacion. Ninguno se salvará si no pertenece á la Iglesia, á lo menos con los deseos y votos de su corazon. Este deseo no necesita ser esplicito y formal, ni ser el producto de un conocimiento positivo de la verdadera Iglesia: basta que la disposicion del corazon contenga implícitamente el voto de pertenecer á la Iglesia. Este deseo supone entonces como condicion necesaria por una parte la fé sobrenatural en Dios, y por otra la imposibilidad de conocer la Iglesia. La ignorancia invencible no es por sí sola causa de condenacion. S. Pablo lo enseña, y la Iglesia lo ha definido contra Bayo. El infiel y el pagano no serán reprobados seguramente por aquello que no han podido saber. ¿Sobre qué recae, pues, la exclusion: *fuera de la Iglesia no hay salvacion?* Sobre el error voluntario y culpable por sí ó en su causa, sobre la separacion voluntaria y culpable de la unidad, y sobre la resistencia á la verdad conocida ó al menos percibida, sobre la duda voluntariamente conservada sin hacer esfuerzo alguno para salir de ella, y la negligencia en la investigacion de la verdad. Esto es lo que prescribe y condena el dog-

ma católico: *fuera de la Iglesia no hay salvacion.* Si se presenta la hipótesis de la inocencia y de la buena fé en el error con la falta de bautismo y la ignorancia de las verdades primeras y necesarias de la religion, respondemos con Santo Tomás y con todos los teólogos católicos: es necesario tener por muy cierto que para salvar al infiel, que por ejemplo, criado en los bosques ha seguido la direccion natural y verdadera de su razon, Dios le manifestará lo que necesita para formar al menos el deseo del bautismo y de entrar en la Iglesia ¿En qué, pues, es tan estraña, tan cruel y tan intolerante semejante doctrina?

Nos guardaremos bien de asegurar positivamente la reprobacion de ninguna persona, cualesquiera que hayan sido su patria, religion y conducta. Sin duda suceden misterios divinos de justicia en el umbral de la eternidad; pero tampoco podemos dudar de los misterios de misericordia y de amor. En resúmen, el error, la duda, la negligencia voluntaria y culpable escluyen de la salvacion. Así entiende la Iglesia católica el sentido del principio de unidad exclusiva. Es preciso admitir esta verdad á no negar el cristianismo, porque es verdad de fé y de razon. Mil pasages de las Santas Escrituras proclaman la obligacion de obedecer á la Iglesia, para ser miembros del cuerpo de Jesucristo y para evitar la separacion y el anatema. Como el miembro separado del cuerpo no tiene vida, fuera de la Iglesia no hay salvacion. El que no escucha á la



Iglesia, es lo mismo que los paganos. En este punto está unánime toda la tradicion. ¿Qué es, pues, lo que parece extraño al entendimiento del hombre? En las ciencias, en política y en filosofía la verdad es una: se sostiene lo verdadero y se escluye lo falso. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo en religion? ¿No habia de haber ninguna verdad absoluta? ¿El *sí* y el *no* serian igualmente verdaderos y falsos, ó cuando menos indiferentes? Este era sin duda el desenlace del sistema de Rousseau, que en todas las religiones no descubria mas que un ceremonial arbitrario. La disciplina y las ceremonias son accesorias á una religion: el fondo le constituyen los misterios y las verdades de la fé. Discurriendo con arreglo á estos principios, ó todas las religiones son verdaderas, ó todas falsas: ó la una es verdadera, y todas las demas son falsas. ¿Todas las religiones verdaderas? Imposible, porque seria á un tiempo la luz y las tinieblas, la afirmacion y la negacion. Si todas las religiones son verdaderas, ¿qué habria que decir sino que el *sí* y el *no* se confunden entre sí: que no hay verdad ni error en materia de religion, y que el escepticismo deberia ser la religion de todo hombre sábio que no quiere estraviarse en la region de las abstracciones y de quimeras? ¿Todas las religiones falsas? Tambien es imposible: esto seria el ateismo, porque no podria nadie estar obligado á creer lo falso. Una religion verdadera y las otras falsas, en hora buena: es el resultado necesario de la naturaleza de Dios,

de la naturaleza del hombre y de toda razon. Pero entonces la única religion verdadera consiste en conocer y conservar; y esta es la unidad esclusiva y la completa inadmisibilidad de la indiferencia y de la igualdad de las religiones.

Jesucristo apareció en el mundo para atraer á la unidad todas las generaciones, para reunir los hijos dispersos del criador de todo; y para conseguir esta admirable unidad instituyó la Iglesia. Obligado el hombre á tributar un culto social á Dios, autor de la sociedad, es separado del individualismo, y se restituye el título de hermano á la humanidad. El dogma de la unidad esclusiva aparta al hombre del error voluntario y culpable, de la duda, de la mala fé y de la ignorancia consentida: es verdad que esto es lo mismo que someter la libertad y la razon al yugo de la autoridad; pero es para salvarlas de un diluvio de errores, para fijarlas bien, y evitarles incomodidades y angustias: es por fin proteger la pobre humanidad contra el furor y la desesperacion. Solamente los vínculos prácticos de la Iglesia pueden obtener tales resultados, uniendo al hombre con Dios y con sus semejantes. Dejad el cuidado de redactar un código de derecho de gentes á las escuelas de filosofía, á las religiones particulares, libres é independientes: el espíritu de sistema y de secta introducirán la confusion y fomentarán las antipatías: en lugar de unir dividirán. La unidad esclusiva del catolicismo junta á la universalidad de su accion, establece en el mundo



civilizado nociones comunes de justicia y de costumbres, y un lenguaje comun. Todos sin escepcion han dicho: el catolicismo es un camino seguro de salvarse. Pascal decia: Fuera de la Iglesia católica todo cuanto se puede lograr es llegar á la duda. Luego la conciencia y la razon proclaman la unidad obligatoria de la Iglesia. Esto no es intolerancia, sino el carácter esencial é inseparable de la verdad, que escige por su naturaleza que se abrace rechazando lo falso. ¿Cómo se podrá tachar de intolerancia al catolicismo que produjo á los Franciscos de Sales, Franciscos Javier, Vicentes de Paul y Fenelon, los cuales, poseidos de ardiente amor á sus hermanos, derramaron tantos beneficios en el seno de la humanidad? Conociendo el espíritu de la verdadera Iglesia, persuadieron á los reyes y á los pueblos la tolerancia y el amor á la union y á la paz. Nosotros tambien con el sentimiento íntimo y dulce que cria la posesion de la verdad, escluimos y condenamos todo lo que no sea fé; mas nuestro amor á nuestros hermanos separados de nuestras creencias, no deja por eso de sacar de nuestras convicciones su afecto mas compasivo y humano. La unidad católica es un concierto de alabanzas: es el homenaje que tributan al Señor todos los seres que crió: es una sociedad única obligada por creencia y por amor: una, porque Dios es uno; obligada, porque la verdad obliga. De ella deriva la mas sorprendente armonía en el mundo intelectual y social. ¡Oh cuán digna es de

hacer las delicias de nuestros entendimientos y de nuestros corazones! ¡Ojalá estemos siempre é inviolablemente adheridos á ella, la amemos y la queramos! Guardémonos, pues, entre las tinieblas jque pudieran acumularse al rededor nuestro, de darnos deslumbrar por alguno de esos meteoros fallaces de la noche tempestuosa que viniere á estender sus velos: antes bien tranquilos y confiados, tengamos constantemente fijas nuestras miradas en el astro brillante que debe preservarnos del naufragio.

